

Cuando José Antonio estuvo en ASTURIAS

ESCOLIO

Los hombres tienen sus días y sus hechos. Pero existen algunos que la grandeza de su vida, a medida que corre el tiempo, los eleva, los glorifica. Presencia que todo lo llena, que todo lo gana. Porque entran en la grande y general Historia. Así José Antonio Primo de Rivera. No hay rincón de España que no guarde, con emoción, el recuerdo de su paso, la alegría de su doctrina, el sentimiento de su ausencia. Vais a un pueblo de la ancha y gentil Castilla, parda y pobre; a la Cataluña industrial y fabulosa; a Vizcaya, con el sirimiri, los puentes sobre la ría, las gabarras...; al Levante azul, de los naranjos y los arrozales; o, en fin, a las Asturias fácil al verdor del paisaje y a las gentes abiertas y dicharacheras. Y en todas partes os darán razón de José Antonio Primo de Rivera, el hombre que amó a España con afán de perfección. Y porque la amó de verdad, de frente, sin estrabismos ni bajas pasiones, supo calar hondo en su genio. El genio temperamentalmente religioso y heroico de España. Por eso él fué uno de sus más caracterizados exponentes.

EL HOMBRE

Enfundado en un abrigo largo, el paso elástico—casi deportivo—, rodeado de un numeroso grupo de falangistas, cruzaba las calles de Gijón, una mañana fría a pocos días de la tragedia de aquel otoño hosco de 1934. José Antonio Primo de Rivera. Ya había sido sofocada la insurrección marxista. José Antonio quiso recorrer todos los lugares donde el rencor y el odio habían hecho explosión, como un funesto anticipo a lo que dos años después fué la guerra. Ya recobraba la ciudad su aspecto habitual y hacían guardia los soldados con cascos de acero. Visitó el barrio marinero de Cimadevilla, recorrió el fuerte de Santa Catalina y observó, en todo momento, lugares, edificios y personas.

Le miraban con curiosidad las gentes. Junto a él iban Julio Ruiz de Alda, Cuerva, José María Fernández Álvarez, José Miguel Llorca y otros camisas viejas. Asonaban por las esquinas su ejeta huidiza los burgueses orondos y atemorizados. «Es el hijo del dictador», decían. Querían así negar a José Antonio su admirable personalidad.

Fuó en la calle de San Bernardo cuando llegó un rumor al grupo compacto que le acompañaba. Se lo dijeron a José Antonio. Se habían cursado órdenes a una compañía de Asalto para que disolviera aquella espontánea manifestación de españolismo. José Antonio supo dar la consigna oportuna: «¡vienen los guardias de Asalto—ordenó—, todos brazo en alto y ¡arriba España!».

Regresó el mismo día a Madrid, y Julio Ruiz de Alda quedó unos días más para reorganizar la Falange asturiana.

EL CANDIDATO

José Antonio habló en varios actos públicos en Asturias. El primero, en el Teatro Principado, de Oviedo, el 26 de mayo de 1934. Le acompañaron en el uso de la palabra Francisco Yela, Manuel Mateo y Raimundo Fernández Cuesta.

En Gijón pronunció un discurso en el Cine Campos Elíseos. ¡Magnífico aspecto aquella noche del 14 de febrero de 1936, dos días antes de las elecciones! Todo el nervio y temperatura de la Falange asturiana se había concentrado allí. En una platea, la juventud tradicionalista. Intervinieron Manuel Álvarez Blanco, Enrique Cangas y Manuel Valdés. Por último, José Antonio. Todo el público en pie, le saludó brazo en alto. Se respiraba una atmósfera de solemnidad, de bravura patria. Banderas, camisas azules, brazos desnudos... La elegancia en el gesto, la claridad en las palabras, empezó a hablar José Antonio:

«Ningún discurso preparado. Algunas notas, quinientos kilómetros de carretera y barro de Castilla en los zapatos...»

Fuó una oración de exaltados tonos hispánicos y nacionalsindicalistas. Frente a la estulticia, la mentira y la medioeridad de los partidos políticos de uno y otro costado, José Antonio alzaba la bandera del Frente Nacional, que exigía servicio y sacrificio y no prebendas y comodidades. Fué también entonces candidato sin fe ni respeto.

...Y por eso la juventud—que era la que lo comprendía—le escuchó con fervor y le aplaudió con unión.

La candidatura de José Antonio, como en el resto de España, obtuvo pocos votos. Pero lo que menos importaba eran unas papeletas depositadas en una urna de cristal. Lo que importó es que los que creyeron en José Antonio formaron una juventud heroica capaz de realizar gestas en la línea de lo sublime, como esa defensa de Oviedo, arquetipo y solera del más rancio valor español.

LA FALANGE ASTURIANA

La última vez que estuvo José Antonio en Asturias cenó en Gijón con los dirigentes regionales en una típica taberna. Se llama Casa Zabala, y está situada en el barrio de pescadores de Cimadevilla. Eran los días ásperos y turbios que precedían a las elecciones del 36. Por las paredes subían estridentes, los pasquines de la propaganda marxista. Como era entrada la noche y la época era peligrosa—a José Antonio siempre le acechaban pistolas asesinas—se situaron a la puerta algunos jóvenes falangistas. José Antonio, que se dió cuenta, preguntó a uno de ellos:

—¿Qué hacéis ahí?

—Estamos guardando tu persona—le contestó José María Bas-terrechea, hoy Jefe provincial de Información e Investigación.

—Idos a la cama—añadió José Antonio—. Yo me basto solo. Los muchachos fingieron irse. Pero se quedaron. Estimaban más que la suya la vida del Jefe.

José Antonio quería a la

Falange asturiana porque sabía que, siendo una de las provincias donde los marxistas tenían su feudo, nunca faltaron pechos jóvenes que defendieran la verdad del yugo y las flechas. Y luchadores incansables como Leopoldo Panizo, Rafael y Francisco Arias de Velasco, Enrique Cangas, Ricardo Sanz, José María Fernández...

No importaron persecuciones, encarcelamientos ni muertes. La Falange asturiana, no sólo no se extinguió, sino que día a día contaba con mayor número de afiliados y mayor entusiasmo en la verdad sin ambages que proclamó a los cuatro vientos el joven César...

Le mataron aquel triste noviembre en Alicante, a la hora del amanecer, ante un paisaje de palmeras cimbreantes y muros enjalbegados de cal. Pero su recuerdo, lo mismo en Castilla, que en Cataluña, que en Andalucía, que en Asturias, que en España toda, adquiere valor de eternidad. Porque él representaba el bien frente al mal, la verdad ante la mentira, la gozosa juventud frente a la decrepita vejez. Él dió el clarinazo preliminar para citar a las juventudes españolas en una empresa de rumbo. Cruzada de salvación de los principios fundamentales de la Patria. Luz que irrumpe en el ámbito de la cochambre. Porque era poeta y profeta, si esto no es una redundancia. «Ayúdame—dice el verso de Stephen George—, ayúdame a traer la Primavera.»

JOSÉ LUIS FERNÁNDEZ-RÚA

José Antonio habló por primera vez en Asturias el 26 de mayo de 1934, en el teatro Principado, de Oviedo.



Un grupo de camisas viejas asturianas rodea al Fundador en uno de sus viajes fugaces a las provincias norteñas.

